

**Documento cedido por el Área de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Baños de la Encina, para su publicación en la Web bdelaencina.com bajo la norma 3 de las Bases del Certamen Paisajes Dormidos.**

**SOLEDAD**

**Eugenia Polo Moreno**

**Primer Premio I<sup>er</sup> Certamen Relato Corto y Cuento “Paisajes Dormidos”, Modalidad Mayores**

**Prólogo**

Querida Maria, ayer te marchaste del pueblo de una de tus muy frecuentes visitas y me dejaste algo preocupada, pues te noté un poco molesta al decirte que no me quería marchar contigo a vivir a la capital. Por eso se me ocurrió que quizás si te cuento mi historia puedas entender mi decisión

Que tú me comprendas es algo muy importante para mi, quizás sea porque empiezo a intuir ya próximo el fin de mis días y quiero que este sea aquí, en mi Baños de la Encina.

Quiero dedicarte cada renglón de estas páginas para que algún día, si tú quieres, puedas leerlas a tus hijos y estos a los suyos y así sucesivamente mientras haya alguien con ganas de leer y alguien con ganas de escuchar.

**Capítulo1. Una España de Posguerra**

Vine al mundo aquí en Baños de la Encina una calurosa mañana del año 1926, hace ya casi 82 años, por esto y por una artrosis bastante avanzada que me ataca sobre todo a las extremidades, es por lo que me tendrás que perdonar si cometo alguna torpeza al escribir.

Mis padres me llamaron Soledad como mi abuela paterna y era la única niña de cuatro hermanos. Mi niñez transcurrió tranquila entre risas y juegos con mis hermanos y unos padres que se mataban a trabajar para que a nosotros no nos faltara de nada.

Pero al cumplir los 10 años todo cambió. En este país estalló la Guerra Civil, una guerra cruenta entre hermanos que destruyó miles de hogares, separó a miles de familias, se saquearon y quemaron casas e iglesias y lo peor, se sembró de muertos los campos de toda España.

Cuando tres años después terminó la guerra (1939) rara era la familia que no lloraba por alguien de los suyos desaparecido o muerto durante la misma.

En nuestro caso fue mi padre quien murió en el frente poco antes de terminar la guerra y sin apenas haber cumplido los 35 años.

Luego llegó la Posguerra y trajo la miseria, las epidemias y el hambre...

Mi madre pasaba grandes calamidades para poder alimentarnos y aunque nosotros la ayudábamos en todo lo que podíamos para salir adelante, ella no aguantó y enfermó de malaria (epidemia que causo muchas muertes) muriendo poco después de contraerla.

Tras esta nueva desgracia los hermanos fuimos separados. A Luís y José, los más pequeños, se los llevaron a Sevilla a un orfanato para huérfanos de guerra. A Pablo, como ya podía trabajar, se lo llevó el hermano de mi madre (que no tenía hijos) a Murcia para que le echara una mano con las labores del campo. Yo me quedé aquí y empecé a trabajar como criada en la “Casa Grande” donde vivía una familia adinerada del pueblo.

Aquí no estuve mal, aunque trabajaba sólo por la manutención, pero echaba en falta a los míos y me sentía muy sola.

Sabes María, en este momento fue la primera vez que pensé que mi nombre, Soledad, se adaptaba a mi realidad, pensamiento que se me repetiría a lo largo de toda mi vida.

Llegado a este momento del relato voy a descansar un poco. Siento mis dedos entumecidos a causa de la artrosis y la cabeza un poco apesadumbrada, quizás sea por la fuerza de los recuerdos, pero te prometo que mañana seguiremos.

## ***Capítulo 2. Aparece Manuel y Ana***

Ya estoy otra vez aquí como te prometí María. Hoy hace un día espléndido y me he salido al patrio para escribir. El aire empieza a oler al azahar de los naranjos, los geranios están llenos de flores de mil colores y el trino de los pájaros se hace cada vez menos tímido y es que llega la primavera con su luz y su esplendor.

Bueno y sigamos con mi historia, tu historia en definitiva.

Llevaba ya dos años trabajando en la “Casa Grande” y un día de Septiembre en plena fiesta de “Los Esclavos” a Juana (la otra muchacha del servicio que trabajaba conmigo) y a mi nos dieron un par de horas libres para salir de paseo. Locas de alegría y con el vestido de los domingos corrimos a la plaza, donde está la iglesia de San Mateo. Allí había una orquesta de músicos que venían de Bailen y se podía bailar, aunque eso sí, levantando una polvareda tan espesa que casi podías masticarla y es que por aquel entonces la plaza estaba toda terriza.

Llevábamos un rato, Juana y yo, mirando a la gente que bailaba cuando un apuesto muchacho se acercó a nosotras y me sacó a bailar. El corazón me latía tan fuerte que se me salía del pecho y sentía como el color subía a mis mejillas pero sí que acepté a bailar con él.

Y así querida María fue como conocí a Manuel, tu abuelo.

Manuel trabajaba en las minas del Centenillo, estaba fuera del pueblo toda la semana, pues tenía que ir y venir andando. Cada minuto que podíamos lo pasábamos juntos hablando en la plaza o paseando por los álamos que había en la carretera, pero eso sí, con mi amiga Juana de carabina.

Cuando tuvimos un poco de dinero ahorrado alquilamos una habitación en una casa de vecinos, donde convivíamos con tres familias más compartiendo la cocina y el baño y por fin nos pudimos casar.

La boda fue para el verano de 1945. Fue una ceremonia muy sencilla, sin trajes, sin banquete y sin invitados, tan sólo los padrinos (Juana y un primo de Manuel) y nosotros pero en mi iglesia de San Mateo bajo la mirada de mi Virgen de la Encina como desde niña yo había soñado.

A los dos meses de casados me di cuenta de que estaba embarazada lo que nos hizo aún más felices. Fue un embarazo muy bueno, apenas tuve molestias aunque sí que se nos hizo muy largo. Teníamos tantas ganas de verle la carita a nuestro hijo.

Acababa de entrar el verano de 1946 pero ya hacía mucho calor y la madrugada del 26 de junio por fin rompí aguas. Tu abuelo, muy nervioso, salió corriendo a buscar a Catalinica “La pasalagua” que era la matrona que había en Baños en ese momento.

Cuando Catalinica llegó yo ya tenía fuertes dolores así que me dio un trago de aguardiente y me puso un brasero entre las piernas para que el calor acelerase las contracciones.

Fue un parto muy largo y complicado (siempre he pensado que algo no quedó bien dentro de mi, porque jamás volví a quedar en cinta por más que lo intentamos) pero al verle la cara a tu madre todo se olvidó.

Era una niña preciosa, rubia con unos ojos enormes color miel y con casi 4 kilos de peso a la que llamamos Ana.

¡ ya si que éramos una familia ¡

Ya sólo necesitábamos una casa para tener algo de intimidad y que nuestra Anita creciera sana y feliz.

Seis años tardamos en juntar el dinero necesario para comprarnos una casa, nuestra casa, aquí en Santa María del Cueto.

La casa precisaba varios arreglos, pero por el momento era más de lo que necesitábamos. Tenía luz en todas partes y el patio (en la parte de atrás) estaba en la misma falda del castillo de Bury Al-Hamma , testigo de tantos amaneceres y puestas de sol. Tu abuelo solía decir que si alargabas un poco la mano podías palpar su historia milenaria.

Transcurrían los años y todo seguía igual, tu abuelo seguía en la mina aunque ya en la de “Matacabras” que al estar más cerca podía venir todos los días al pueblo y yo le ayudaba en todo lo que podía, cosiendo ajeno, planchando por horas, haciendo limpiezas en casas ...

Y mientras nuestra Ana se iba convirtiendo en una guapa muchachita con varios pretendientes, a los que ella siempre daba calabazas. Ana siempre quiso algo más, se ahogaba en el pueblo y se pasaba las horas muertas hablando de lo bonito que sería vivir en una gran ciudad como Madrid o Barcelona con sus cines, sus cafés, sus teatros, sus tiendas de moda ...

Al principio ni Manuel ni yo hicimos mucho caso a estas ilusiones, pensando que serían pasajeras pero poco a poco nos dimos cuenta que nuestra hija estaba obsesionada y que sólo pensaba en viajar a la ciudad.

### ***Capítulo 3. Cuando el alma se desgarró***

Hoy ya empieza ha hacer demasiado calor, el canto de las cigarras casi ensordece, los campos sembrados de trigo se van dorando mientras que la hierba, ya casi seca, va tiñendo de un color amarillento el cerro del “Gólgota” y es que se ve que el verano viene apretando con fuerza.

Bueno continuemos con la parte, sin duda, más triste y desgarradora de mi vida.

Lo que más nos preocupaba a Manuel y a mi sucedió. Una mañana al levantarnos nos dimos cuenta que Ana no estaba en su cama, Había cogido su ropa y la vieja maleta de cuadros verdes y se había marchado durante la noche dejando tan sólo su olor que impregnaba cada rincón de la casa y una nota que aún conservo y que decía:

Queridos padre y madre:

Me he marchado de esta forma porque no hubiera podido despedirme de vosotros viéndoos la cara. Se que os estoy

haciendo mucho daño pero tenéis que comprender que tengo que irme, que quiero conocer otros lugares. Sólo quiero que me perdonéis y que sepáis que os quiero muchísimo y que pronto volveremos a vernos.

Un beso muy fuerte de vuestra hija  
que os quiere.

Ana

Creímos morir de pena, pero la esperanza de encontrarla nos hacía seguir adelante.

Manuel dejó de trabajar (algo que agradeció su salud pues ya estaba afectado de silicosis como todos los mineros de aquel entonces) cogimos el dinero que teníamos y nos dedicamos a buscarla por toda España, Madrid, Barcelona, Valencia,

Bilbao ... y no se cuantos sitios más dándonos animo el uno al otro.

Pero el dinero se acabó y tuvimos que regresar a casa con el alma rota sin saber nada de Ana. Parecía como si la tierra se la hubiera tragado.

La salud de tu abuelo empeoraba por días, a su enfermedad se le sumó una tremenda tristeza al no poder superar la ausencia de tu madre.

Los médicos que le trataban ya no sabían como ayudarle y me decían:

“ Soledad, esta enfermedad no podemos curarla si Manuel no nos ayuda y el no quiere hacerlo, parece como si no quisiera seguir viviendo “

Ni mis súplicas ni mis ruegos sirvieron para nada. Meses después moría Manuel con la pena de no haber vuelto a ver a su Anita, la razón de su existir.

Todavía después de tantos años se me llenan los ojos de lágrimas con estos recuerdos.

De los meses que siguieron a su muerte no recuerdo casi nada. Vivía prácticamente de la caridad de las vecinas, ya sabes Antonia, Manuela y sobre todo Isabel que me llevaban comida y cuidaban de mí.

Pero poco a poco fui saliendo del pozo en el que había caído, algo me estaba dando fuerzas para seguir viviendo, era como si yo supiera que todavía me quedaba algo muy importante por hacer...

#### ***Capítulo 4. Devuelta a la vida***

Corría el año 1973, ya hacía cuatro años de la muerte de Manuel, cuando una fría mañana del mes de diciembre alguien llamó a la puerta. Me apresure a abrir, pensando que sería la buena de Isabel que me traía la leche como cada día, pero cuando abrí casi me desmayé, no me lo podía creer, era Ana, mi Ana.

Estaba delgadísima, y muy, muy pálida, en sus ojos había un halo de tristeza. Sólo con mirarla se podía adivinar que la vida no la había tratado bien.

En una de sus manos llevaba la misma maleta de cuadros verdes con la que se marchó y en la otra llevaba una especie de cernadero en el que había envuelta una criatura con pocos días.

Cuando deje de besar a tu madre, ella me alargó la criatura y me dijo:

“ Toma madre es María, tu nieta “

Una profunda emoción, que no podría explicar con palabras, invadió todo mi cuerpo. La vida volvía a mi casa.

Los días que siguieron a vuestro regreso los pasamos hablando del tiempo que habíamos perdido y de cómo tu abuelo la extraña hasta el último momento.

Tu madre, por su parte no me dio demasiados detalles de donde y como había vivido. Tan sólo me dijo que tu eras el fruto de un amor equivocado, que tras dejarla embarazada ya no quiso saber nada más de ella y yo no quise agobiarla con más preguntas.

A medida que los días pasaban yo intuía que algo no iba bien. Ana cada vez tenía peor color, nunca quería salir de casa, le faltaban las fuerzas hasta para caminar. Yo insistía e insistía en que fuéramos a ver algún médico pero ella no quería ni oír hablar del tema.

Hasta que una noche, sentadas al calor del fuego, quise hacerla razonar para ir al hospital al día siguiente y entonces me confesó que hacía ya un tiempo que le habían diagnosticado una terrible enfermedad (que no quiero ni nombrar). Había estado en tratamiento con quimioterapia pero que lo abandonó al quedar embarazada.

Tras el parto intentó volver a los tratamientos pero había empeorado y su enfermedad ya estaba en una fase muy avanzada.

Entonces Ana tomó la decisión de volver al pueblo para que cuando ella faltara, tu María, no te quedaras sola.

A medida que Ana avanzaba en su relato yo notaba como se me helaba la sangre, no podía respirar, era como si alguien me estuviera apretando fuertemente en la garganta.

¿Dios mío, mi hija también?

A pesar de todo, tu madre cedió. Ingresó en un hospital para hacerle una serie de pruebas. No me separe de ella ni de día ni de noche, gracias a Isabel que se quedaba contigo y que te quería y te quiere como una hija. Sólo conseguimos que se confirmara lo que Ana ya sabía.

Pocos meses después de que volviéramos a casa Ana moría.

Querida María, ya es muy tarde, otro día seguiremos con la parte final de mi relato. Estos recuerdos tan dolorosos y el “cri”, “cri” de los grillos en la noche hacen que sienta muy pesada la cabeza. Me iré a descansar.

## **Capítulo 5. Solas**

¿Te das cuenta como es la vida?

Son periodos de alegría o felicidad a los que siguen otros de tristeza. Jamás se logra ser feliz del todo y en la tristeza siempre buscas algo donde agarrarte y que te sirva de consuelo y ese “algo” para mí eras tu.

Tenía que ser fuerte ahora tu solo dependías de mi y yo de ti.

El tiempo pasaba y tu crecías sana, siempre jugueteando por Santa María y la Cestería con los hijos de Isabel y Antonia. Parece que te estoy viendo jugando a “San pirulí” con un cucharro de aceite y azúcar en tus manos.

Luego llegó la escuela. Primero fuiste al convento con las hermanas de Cristo Crucificado y luego pasaste al colegio Nuestro Padre Jesús del Llano.

¿Te acuerdas del día de tu primera comunión?

Parecías una princesita con tu vestido blanco con flores bordadas en la cintura y en el cuello. Te empeñaste en llevar un velo en la cabeza, parece que te estoy oyendo decirme con tu voccecita chillona:

“Abuelita, abuelita, mírame parezco una novia.  
¿A que estoy guapa abuelita? “.

Fue un día muy bonito, la iglesia de San Mateo estaba adornada con plantas del tiempo y muchas flores. Al terminar la misa comimos en casa con la familia de Isabel, pasamos un día muy feliz.

¿Y la feria de Mayo?

Como la disfrutabas. El domingo de Romería nos levantábamos muy temprano y te empeñabas en ir andando con la Virgen de la Encina hasta su ermita entre los olivos y allí que íbamos las dos cantando Salves y riendo todo el camino.

A la vuelta un poco más cansadas, pero felices por el día pasado, veníamos cargadas con los estadales de la Virgen, que al llegar a casa poníamos en la cabecera de nuestras camas.

De la Semana Santa lo que más te gustaba era el “Desenclavamiento“, cuando entregaban los clavos y la corona de espinas de Jesús a Nuestra Señora Dolorosa. Este auto sacramental siempre te hacía llorar.

También te gustaba mucho la procesión del “Abrazo“, el domingo de Resurrección por la mañana. Tampoco podías evitar las lágrimas cuando Jesús Resucitado se encontraba con su madre.

Ese mismo día por la tarde salíamos a dar un paseo por el campo y merendábamos el “hornazo” como manda la tradición.

Luego llego el Instituto, la adolescencia, los primeros pretendientes (ahora se llamaban amigos), los paseos al atardecer por “La Llaná”. Mi niña se estaba haciendo mujer.

Luego la Universidad, cada vez pasábamos más tiempo separadas, pero tenía que ser así, tenías que empezar a volar, encauzar tu vida y yo estaba muy, muy orgullosa de ti.

Al terminar la carrera vino un buen trabajo en la Capital y allí estas labrándote un buen futuro, pero deseando de tener un poco tiempo libre para venir a tu Baños.

Pero ese no es mi mundo María, mi vida está aquí. En mi patio lleno de plantas y flores a los pies del castillo.

En los atardeceres de primavera me parece ver a tu abuelo sentado en su silla de nea, debajo del naranjo, afilando su hacha para el día que libraba en la mina ir a dar el jornal al campo. El “ras” “ras” de la piedra de asperón al rozar con el filo del hacha se mezclaba con los arrullos de las numerosas palomas que tenían sus nidos en los lienzos del castillo.

Cuando entro en casa siento la presencia de tu madre, siento su olor impregnando cada rincón. A veces hasta me parece oír la cantar.

Y luego el eco de tus risas que está por todas partes. Los recuerdos de tu niñez, el colache que sigue dibujado en el porche al lado de la pila, el cochecito de capota que tanto te gustaba, la cocinita con sus sartenes y sus ollas...

Salgo a la calle y reina la calma. Algún saludo con alguna vecina, los niños jugueteando, alguna pareja dando un paseo alrededor del castillo y los más viejecitos (como yo) sentados al sol mirando la vega y recordando tiempos pasados.

Entiéndeme María, esta es mi vida, este es mi mundo, este es mi pueblo.  
Aquí quiero vivir y aquí quiero morir.

Para María, mi nieta, con la ilusión de que al leer estas páginas pueda entenderme.

Soledad.